

I

Almonaster la Real, primer domingo del mes de mayo de 1992

Hacía muchos años que no le sucedía, pero esta vez no se pudo aguantar y las lágrimas le recorrieron la cara. Martín había elegido su lugar de costumbre para disfrutar del ritual del Romero, junto a la cabina telefónica. Se encontraba en tercera fila, pasando casi desapercibido, pero sin dejar de mirar a la Cruz del Llano y cuanto acontecía alrededor de ella.

Todo el mundo lo comentaba, la Cruz estaba más hermosa que nunca. Las *chubarbas* y las flores de papel con las que se engalanaba, los cuatro verdes y frondosos pinos que la escoltaban en cada esquina, los grandes cuadros de temática religiosa pintados al óleo, el arco que envolvía la cruz de forja elevada sobre la peana, los centro de flores, las macetas, los bordados y el resto de adornos que la vestían, hacían que el singular monumento luciera de una manera especial y distinta a años anteriores.

Martín se abrió hueco entre las cabezas de la gente para divisar tan emotivo momento final. La Mayordoma, tras darle un suave beso, depositaba la bandera de la Hermandad a los pies de la cruz. Numerosos cohetes resonaban en el cielo, estos se mezclaban con emocionantes y ya roncós vivas a la Cruz y a la Mayordoma.

En apenas unos segundos las pandereteras y el tamboril dejaron de sonar anunciando con ello el final del ritual. El silencio musical solo duró unos minutos. Los fandangos comenzaron a resurgir de nuevo, pero esta vez en las manos y voces expertas de las mujeres de mayor edad.

La tarde del primer domingo de mayo llegaba a su fin y era momento de felicitaciones a los protagonistas. La muchedumbre se acercaba sobretodo a la Mayordoma de la fiesta. La muchacha, haciendo un esfuerzo inútil por contener las lágrimas, recibía besos y abrazos por doquier.

Mientras todo esto sucedía, el resto de serranas que habían participado en el acto, algo cansadas, se fotografiaban junto a la Cruz. Algunas de ellas, las comprometidas, lo hacían por última vez para tener un nuevo y último recuerdo del momento, ya que en la Hermandad de la Cruz del Llano solo lucían el traje típico aquellas que aún no hubieran contraído matrimonio.

La Mayordoma brillaba este año más que nunca. La guapa jovencita lucía alrededor de su cuerpo un bellissimo mantón de Manila. La antiquísima prenda era de color verde, con decenas de flores bordadas a mano y con cientos de largos flecos. El exclusivo mantón, una reliquia familiar, era sin duda el punto de mira de los espectadores, tanto vecinos como visitantes. En la vestimenta también llamaba la atención una ramita seca de *chubarba* que, a diferencia de las demás y a modo de complemento, la muchacha lucía en el pecho.

Era la primera vez que las fiestas de las Cruces de Mayo de Almonaster la Real tenían una Mayordoma de origen extranjero. Isabella era nacida en Italia. Su abuela se trasladó a ese país durante la Guerra Civil Española. A pesar de la distancia, supo inculcar en sus hijas y nietas las tradiciones de su localidad natal. De ahí que la jovencita ostentara este año la representación de la Hermandad.

Mientras todo esto ocurría en la Plaza del Llano, detrás de la Cruz y tras el viejo pilar de agua donde se les daba de beber antiguamente a las caballerías, alguien permanecía asomado a una de las altas ventanas de la gran casa de los González. La perspectiva no había sido la más idónea para ver los actos, pero sí la suficiente como para disfrutar del final del ritual de la Hermandad. Una mano temblorosa, junto a los cristales, aguantaba el visillo de encajes blancos.

—Abuela, ¿quiere usted un pañuelo? —le preguntó una de sus nietas al verla llorar.

La muchacha le hacía compañía y le sujetaba la silla de ruedas en la que descansaba. La anciana no contestó, permaneció en silencio y con la mirada perdida entre la gente que rodeaba la Cruz.

Martín intentaba hacerse un hueco entre la multitud con ganas de contemplar más de cerca a la estrella de la tarde, la Mayordoma. Pero el gentío y, en especial, un extraño sentimiento le hicieron desistir. De pronto, su mirada se clavó en lo más alto de la Cruz. A través de ella, en el hueco que dejaba el arco que la envolvía, pudo ver cómo alguien miraba tras una ventana. Su vista, algo cansada, no pudo aclarar la imagen, pero su corazón, dando un pequeño salto, sí pudo hacerlo. Por unos momentos se quedó inmovilizado, casi sin respiración, con la vista clavada en aquel lugar. Permaneció casi hipnotizado hasta que la mujer que lo observaba desde lo alto decidió correr la cortina. Al cabo de unos segundos, Martín bajó la vista y dejó de mirar. Renunciando a su interés por acercarse a la Mayordoma, decidió abandonar el lugar.

Con paso lento y sosegado puso rumbo a su casa. Apenas un par de calles lo separaban de la plaza en la que se celebraban los actos.

Era alto y de aspecto bonachón. Los años le habían robado algo de pelo, pero a cambio le regalaron un poco más de barriga.

Aquel día de primavera vestía traje de chaqueta azul y camisa blanca. No le gustaban las corbatas, algo que no restaba elegancia a su afable figura. Llevaba muchos años viudo. Su esposa murió de repente y lo dejó solo después de muchos años de tranquila convivencia. Fruto de su matrimonio solo nació un hijo y de este, un nieto que era su delirio, pero que solamente veía un par de veces al año. Su hijo era sargento de la Guardia Civil. Se marchó muy joven de casa. Después de pasar por Bilbao, Zaragoza, Castellón y Mérida, actualmente se encontraba destinado en Madrid. Martín estaba muy orgulloso de él, pero la distancia que los separaba desde hacía muchos años, había enfriado la relación.

Únicamente la hipertensión le creaba algunos problemas de salud. Vivía de la pequeña jubilación que le quedó tras más de cuarenta años de trabajo en el Ayuntamiento de la localidad, donde desarrolló diferentes labores. A pesar de todo, su mayor problema era la soledad.

Poco a poco, saludando a cuantos se cruzaba por la calle, se fue alejando del bullicio. Faltaba una hora escasa para que empezara a anochecer. Se sentía extraño, como si flotara al andar. A pesar de ser una tarde fresca, un hilo de sudor le resbalaba por la espalda. Tenía el vello erizado y la boca seca. Sentía algo muy especial. De pronto, por su mente comenzaron a pasar miles de buenos y malos recuerdos. Dentro de su corazón una cosa rara estaba ocurriendo.

Tras abrir la puerta con la llave y con pulso tembloroso, Martín entró en su vieja y acogedora casa. Se quitó la chaqueta y, después de acomodarla en una silla, puso rumbo a la cocina. En una pequeña alacena guardaba una botella de aguardiente. La tomó y la colocó en la mesa junto a un plato de pestiños que, la tarde anterior, le había regalado su hermana María.

Con dotes de alquimista dejó caer la medida exacta de licor puro en un pequeño vaso. A continuación agarró una garrafa de agua de la Fuente del Concejo y llenó con ella un vaso mayor. Con decisión mezcló los dos ingredientes y, como por arte de magia, el cristalino aguardiente cambió su ausente color por el color cándido de la leche.

Dio cuenta de tres dulces mientras saboreaba lentamente la bebida blanquecina. El largo paseo acompañando al Romero le había abierto el apetito. Se sirvió de nuevo, abandonó tranquilamente la cocina y se dirigió a la salita. Encendió la luz, dejó con mucho cuidado el vaso sobre la mesa y entró en su habitación. De la vieja cómoda de madera de castaño abrió un cajón y, tras rebuscar en su interior, sacó una pequeña cajita plateada.

Le costó trabajo abrir la puerta que subía al *doblaio*. Desde que le repararon el tejado, hacía más de un año, no subía a ese lugar. En él encerraba viejos muebles, la ropa en desuso y numerosas cajas que ya ni se acordaba qué guardaban. Había heredado de su madre la costumbre de tirar solamente lo inservible, porque como ella le decía: «No sabemos si alguna vez algo nos hará falta...». Lo cierto era que no le gustaba deshacerse de ese tipo de cosas, era como si tirara a la basura trocitos de su vida.

Al fondo del polvoriento lugar se levantaba un ropero de dos puertas de color caoba. Tras quitar de en medio algunos cacharros, una bicicleta, un lebrillo de los de hacer los chorizos de la matanza y un palanganero, agarró una maleta que se encontraba en la parte superior del mueble. Después de sacudirla un poco, con cuidado de no caer por las viejas escaleras de madera, la trasladó a la salita. Con mucho mimo, ayudándose de un trapo, limpió las dos caras del recipiente y, como si contuviera cristal, con suma delicadeza, la colocó sobre la mesa. Hizo una pausa en la que saboreó un pequeño trago de aguardiente.

El viejo Martín respiró hondo y continuó. De la cajita plateada sacó una antigua llave. La introdujo en la cerradura de la maleta, giró lentamente hacia la derecha hasta que el viejo mecanismo se movió. Con un sonido seco, el pasador que la mantenía bloqueada saltó, liberando con ello su contenido.

Abrió la tapa con miedo. Curiosamente, dentro no existía polvo. Solo había un viejo maletín de cuero oscuro, una pequeña caja de madera y algunos retratos en blanco y negro de su difunta. Miró uno de ellos durante unos segundos y lo volvió a dejar en su lugar. Acto seguido extrajo el maletín y la caja de madera, los dejó sobre la mesa, cerró la maleta y la depositó en el suelo.

Tras mojarse los labios en el aguardiente, deshizo la hebillas de la antigua cartera y sacó de ella varios paquetes envueltos en papel. La cartera era un poco pesada. En su interior, y aparte de aquello, contenía numerosas carpetas de cartón atadas con pequeños lazos, dentro de las cuales se podían ver viejos folios amarillentos.

Con manos de cirujano desdobló una de las cajetillas. El papel envolvía un antiguo paquetillo de tabaco. Sacó uno de los muchos cigarrillos que aún contenía. El paso de los años había convertido la picadura casi en polvo pero, curiosamente, todavía mantenía su aroma a cacao. Mientras lo dejaba en la mesa, una sonrisa se le dibujó en los labios.

Con mucho más cuidado, comenzó a desenvolver el segundo paquete. Este era más aplastado y entrelargo. Tras quitar el papel por completo, salió a la luz un pañuelo de tela blanca. La prenda tenía bordadas sus iniciales. Lo desdobló y de su interior emergió una especie de carta. Era de papel grueso, de color ocre y se conservaba bien. En los pliegues, algo marcados, era donde más había dejado su huella el paso del tiempo. Echando la cabeza hacia atrás y de un solo trago, apuró la bebida que quedaba en el vaso.

Con menos delicadeza abrió la caja de madera que también había recuperado del interior de la maleta. Su mano derecha empuñó una pistola que guardaba en su interior, una Star de nueve milímetros Parabellum. Dejó el arma junto al resto de objetos y sujetó de nuevo el viejo papel. Pensativo y con síntomas de nostalgia, lo acarició con las yemas de los dedos. Jamás podría olvidar el instante en que aquel pequeño documento llegó por primera vez a sus manos. Un momento que marcaría para siempre su vida.